

De la disolución de la identidad al Kitsch en Marcel Proust: una búsqueda frustrada

Leopoldo Rueda

Universidad Nacional de La Plata

Resumen

Es conocido el hecho de que Proust se debate entre ser filósofo o artista (Proust, 1976), de allí que en la lectura de la obra artística proustiana puedan reconocerse y verse expresados diversas teorías filosóficas. En este trabajo proponemos tomar el problema de la identidad personal y la identidad social en la novela *En busca del Tiempo Perdido* en relación al problema del Kitsch. Como lectores de la novela podemos observar que la identidad que adquieren los personajes de Proust no es más que ilusoria, carente de esencia, lo cual a nuestro modo de ver lleva a la necesidad de los individuos -tanto en relación a sí mismos como en relación a los otros- a construirse personalidades cerradas, inamovibles, en fin a intentar a fijarse una esencia. Esto último según Poulet, por la angustia que encierra la nada. Sugerimos por último, que este procedimiento es análogo a aspectos del Kitsch, según lo entiende Hermann Broch. En efecto para Broch, la existencia de un sistema de valores del Kitsch depende en parte de la angustia de la muerte, la nada por excelencia, que lleva a los hombres a refugiarse en “la seguridad del ser”.

Palabras Claves

Broch - Identidad personal - Identidad social – Kitsch - Proust

1. Disolución y fijación de la identidad

Siguiendo la tesis de Ortega, podemos pensar en los personajes de Proust como una construcción puntillista, así dice el filósofo español en su ensayo *Tiempo, Distancia y Forma en el arte de Proust* comparando la narrativa de Proust con la de Stendhal:

Cree Stendhal tan firmemente en la realidad de los caracteres y se afana en dibujar su inequívoco perfil. Las personas de Proust, por el contrario, carecen de silueta, son más bien mudables concreciones atmosféricas, nubes de viento y luces que a toda hora se transforman. (ORTEGA Y GASSET 1983 [1923]: 700)

De este modo, la persona que vemos en Proust no es más que una concreción momentánea de algo que en realidad es mudable, es decir, un haz de percepciones como quisiera Hume. En efecto, se ha remarcado ya la importancia que ejercen en Proust las críticas escépticas que realiza el filósofo escocés a la idea de sustancia y de yo en las *Investigaciones* y en el *Tratado*. Los personajes como las catedrales sufren una fragmentación de su propio yo, hay en Proust una desustancialización, una disolución de la propia identidad. Así, el momento del despertar describe a la perfección el momento cero de la conciencia:

Pero a mi, aunque durmiera en mi cama de costumbre, me bastaba con un sueño profundo que aflojara la tensión de mi espíritu para que este dejara escaparse el plano del lugar en donde yo me había dormido, y al despertarme a medianoche, como no sabía en dónde me encontraba tampoco sabía quien era; en mi no había otra cosa que el sentimiento en su sencillez primitiva (...); pero entonces el recuerdo-y todavía no era el recuerdo del lugar donde me hallaba, sino de otros sitios en donde yo había vivido y en donde podría estar-descendía hasta mi como un socorro llegado de lo alto para sacarme de la nada, porque yo solo nunca hubiera podido salir; en un segundo pasaba por encima de siglos de civilización, y la imagen borrosamente entrevista de las lámparas de petróleo, de las camisas de cuello vuelto, iba recomponiendo lentamente los rasgos peculiares de mi personalidad. (PROUST 2004: 34)

En este extenso párrafo podemos encontrar varios elementos que confirman lo que sostenemos. En primer lugar podemos ver como la identidad de cada uno depende de un ejercicio intelectual, identidad que perdemos al “aflojar la tensión del espíritu” y que en definitiva depende-como en Hume- de “un hecho presente a los sentidos y a la memoria” (HUME 1998: 69) y que se genera por la *creencia* que genera la *costumbre*. También en Proust la identidad está ligada, como vimos en el fragmento, a lo espacial que nos ofrecen los sentidos y al recuerdo que “van recomponiendo lentamente los rasgos peculiares de mi personalidad”¹. Siguiendo a Melamed, tampoco las catedrales gozaran en Proust del privilegio de una identidad materialmente constituida, sino que dependen de sus cualidades sensibles, donde la más importante es la luz, y que condensaran en sus muros las huellas de las distintas percepciones que de ella se hicieron (Cf. MELAMED 2005: 120). Estas consideraciones son las que hacen que Richard Rorty coloque a Proust -junto con Nietzsche- entre aquellos que desde la ironía se opusieron a lo que Heidegger llamó la “tradición metafísica occidental” (y que el mismo Rorty llama “el canon Platón-Kant”), que tiene como componente el intento de ver todas las cosas desde un punto de vista único y considerarlas como un todo, dice Rorty contraponiendo la figura del ironista a la del metafísico:

El metafísico procura colocarse por encima por de la multiplicidad de las apariencias con la esperanza de que vistas éstas desde las alturas, se ponga de manifiesto en ellas una inesperada unidad: una unidad que constituya el signo de que se ha vislumbrado algo real (RORTY 1991: 115).

¹ Semejante grado cero de la conciencia personal podemos encontrarlo, además de en Descartes, en Kierkegaard (1955: 31): “Adquiero conciencia de que existo, no de que he existido o del cual modo”

Esto es, una esencia. Tal oposición señalada por el pragmatista norteamericano llevará a Proust a la necesidad de redescipción de sí mismo, donde las “pequeñas contingencias [de la novela] se dan vida las unas a las otras” (RORTY 1991: 120) y que cobran sentido sólo cuando se las mira retrospectivamente.

Ahora bien, el grado cero de la conciencia que se narra en el despertar y que manifiesta la disolución de la identidad no posibilita como en otros autores un momento positivo de sustancialización, no es el precedente para la cosificación del yo en “esa cosa que piensa” de la segunda meditación cartesiana, sino que es más bien el precedente para la angustia: “No teniendo ya universo, ni cuarto, ni cuerpo, salvo amenazado por los enemigos que me rodeaban, invadido hasta los huesos por la fiebre, estaba sólo y tenía ganas de morirme” (PROUST, citado sin referencia en POULET 1969: 179).

Angustia que se produce según Poulet por la presencia de la nada en ese instante en que algo ya no es más, y angustia que en definitiva nos lleva a la necesidad de suplir los hiatos del mundo y del tiempo mediante la inteligencia que tendrá que hacer sus propias conjeturas y crear sus propias creencias (Cf. POULET 1969: 178). Podemos observar entonces la fijación que se hace en la novela de la identidad de los distintos personajes, resultando así una identidad social inamovible que se logra a través de un ejercicio intelectual, una cita extensa nos ahorrara futuras citas:

Pero ni siquiera desde el punto de vista de las cosas más insignificantes de la vida somos los hombres un todo materialmente constituido, idéntico para todos, y del que cualquiera pueda enterarse como de un pliego de condiciones o de un testamento; no, nuestra personalidad social es una creación del pensamiento de los demás. Y hasta ese acto tan sencillo que llamamos <<ver una a una persona conocida>> es, en parte, un acto intelectual. Llenamos la apariencia física del ser que está ante nosotros con todas las nociones que respecto a él tenemos, y el aspecto total que de él tenemos está integrado en su mayor parte por dichas nociones. (PROUST 2004: 42)

Así, tratándose de Swann, no es el mismo el que trata la familia y sobre todo la tía del joven héroe que aquel Swann que frecuenta los *clubmen*. El Swann de la familia de Marcel esta fijado por todo lo que la familia sabe de sus padres, por su trato vecinal, y estas impresiones de la personalidad llegan en Proust a fijarse en el cuerpo, en sus gestos y en su apariencia, de modo que la tía se niega a creer que Swann -un burgués acomodado- pueda codearse con los altos sectores de la nobleza, y hasta el mismo héroe admite que siente “la impresión de pasar de una persona para ir hacia otra enteramente distinta, cuando en la memoria paso del Swann que mas tarde conocí con exactitud a ese primer Swann” (PROUS 2004: 43). Así, los distintos yoes se superponen como en un palimpsesto, como diría Genette. De manera similar puede tratarse a la moza de la casa de los abuelos, esa “institución”, odiada por Francisca. Y tampoco Legrandin, por ejemplo, no puede ser descrito más que por las ideas que representa para los otros; su cuerpo (el de Legrandin) encarna los modos propios de un burgués profesional, dedicado a su trabajo pero no por ello apasionado, encarna todo una cultura que manifestándose sensiblemente, diría Merleau-Ponty queda aun invisible.

De modo que, confirmando la tesis de Poulet, la salida de la angustia por la nada con que nos encontramos en la disolución de la identidad, máxime en el despertar, es resuelta en la fijación, muchas veces arbitrarias, parciales, de una identidad social de la que nadie puede salir.²

3. De la identidad al Kitsch

Ahora bien, este proceso, marcado por la angustia de la nada lleva a los personajes a adoptar identidades sociales siguiendo recetas, formas vacías y regladas, totalmente cerradas. De modo que esta identidad resulta ilusoria e inauténtica. Encontramos aquí el Kitsch tal como Broch lo entiende.

En su ensayo, *Kitsch y arte de tendencia*, Broch nos ofrece una caracterización del concepto de Kitsch con connotaciones no sólo estéticas sino que también gnoseológicas, psicológicas, éticas y políticas. En efecto el kitsch es un sistema de imitación “que actúa siguiendo unas recetas determinadas” (BROCH 1970: 11) como forma de huida de la muerte, como intento de “comunicar al hombre la seguridad del ser” (BROCH 1970: 10) obteniendo una pseudo-conciencia, una pseudo-concepción del mundo y una pseudo-política (BROCH 1970: 12). Para Broch esto es lo que hace del Kitsch el elemento del mal, una forma ideológica que se enmascara a sí misma para parecer auténtica. La condición de posibilidad de que exista el Kitsch es entonces que exista un Hombre-del-Kitsch que necesita de tal mentira para poder reconocerse en ella (BROCH 1970: 15).

4. Conclusiones

Tal consideración del concepto contemporáneo de Kitsch a nuestro modo de ver nos permite conectarlo con el problema de la identidad personal y social en los personajes de Proust. Si estos no son más que concreciones momentáneas, carentes de esencia, todo intento de sustancialización será una forma ideológica, un enmascaramiento del propio vacío, como forma de *huida* de lo irracional y no como superación de lo irracional. La única salida es apelar a recetas, a formas ilegítimas, y cualquier intento de adquirir originalidad será frustrado. Parafraseando a Kierkegaard y a Nietzsche podemos decir que detrás de una máscara sólo hay otra máscara. En definitiva, el intento de fijación de la identidad de los personajes y el Kitsch (siempre desde la perspectiva de Broch) dependen de lo mismo: el horror a la nada.

Bibliografía

² Aunque podría tenerse en cuenta la tesis de Rorty de que Proust encuentra la autenticidad de sí mismo redescubriéndose en la novela a partir de reaccionar ante las descripciones que de él hacen las personas que lo conocen y que él redescubre en su obra-padres, servidores, amigos de la familia, compañeros de estudio, duquesas, editores, amantes, etc.

VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria - IdIHCS/CONICET
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

Amícola, José (2008). “Camp”. Amícola y De Diego (comps.), *La teoría literaria hoy. Conceptos, Enfoques y Debates*. La Plata, Ediciones al Margen

Broch, Hermann (1970). *Kitsch, vanguardia y el arte por el arte*. Barcelona, Tusquets Editor

Eco, Umberto (2004). *Apocalípticos e Integrados*, traducción de Andrés Boglar, Barcelona, DeBolsillo

Hume, David (1998). *Investigaciones sobre el conocimiento humano*, (trad., prólogo y notas: Jaime de Salas Ortueta), Barcelona, Altaya

Kierkegaard (1955). *Diario Íntimo*, trad. y notas por María Angélica Bosco, Buenos Aires, Santiago Rueda- Editor

Melamed, Analía (2002), “Seducción e interpretación: el otro lado del espejo en el amor proustiano”. *Revista de Filosofía y Teoría Política* 34: 217-223. Disponible en: http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.194/pr.194.pdf

Melamed, Analía (2010). “La angustia entre creación e imitación: perspectivas contemporáneas sobre la teoría del genio”. *Figuraciones .Teoría y crítica de artes* (IUNA) 7. Disponible en: <http://www.revistafiguraciones.com.ar/>

Melamed, Analía (2005). “Sobre la presunta solidez de las catedrales”. Moran, Julio Cesar (comp.). *Proust más allá de Proust*, 2da. Edición, La Plata, De la Campana

Moran, Julio Cesar (Comp.) (2001). *Proust más allá de Proust*, La Plata , De la Campana

Moran, Julio Cesar (Comp.) (2006). *Proust ha desaparecido*, Bs. As., Prometeo

Poulet, George (1969). “Proust”, en VVAA, *Proust*, Bs. As., Jorge Alvarez Ed. , 1969, 175-214

Proust, Marcel (1976). *Le Carnet de 1908* , Paris, Gallimard

VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria - IdIHCS/CONICET
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

Proust, Marcel (2004). *Por el camino de Swann*, traducción de Pedro Salinas, en *Obras Completas*, Barcelona, Aguilar

Ortega y Gasset, José (1983) [1923]. *Tiempo, Distancia y Forma en el arte de Proust*, *Obras Completas*, Madrid: Alianza-Revista de Occidente, tomo 2, p. 701-709 (Ensayo aparecido originalmente en *Nouvelle Revue Française*, enero de 1923)

Rorty, Richard (1991). *Contingencia, Ironía y Solidaridad*, Barcelona, Paidós